

JUAN MARSÉ

La empanada mental de un periodista

La Vanguardia del 4/IX/2006 publicó un artículo en el que Manuel Trallero alude a mi persona con su característico rebuzno tergiversador y calumnioso. En ese artículo, titulado "Lo que va de El Prat al Prestige", al final del mismo y sin venir a cuento, del modo más zafio, bilioso y mamarracho, el periodista se permite establecer una relación absurda entre la culpa asumida recientemente por el novelista alemán Günter Grass y una supuesta culpa mía por haber mentado. El rebuzno viene de lejos. Con ese estilo bronco y palurdo que le ha dado fama, Trallero compone el texto dando palos de ciego a la derecha y a la izquierda, y, acto seguido, a cuenta de no se sabe qué, remata la faena así: "Menos mal que el señor Günter Grass ha reconocido algún capítulo inventado de su pasado; el señor Juan Marsé ni eso: insiste en que vio con sus ojitos el coche y el lugar en que enterraron a la heroína de *Si te dicen que caí*. No tienen remedio. La izquierda es así, nunca llegará a crecer, prefieren a Fidel Castro".

Lo de Castro como ejemplo de mis preferencias a la izquierda no sólo es tendencioso, es falso. Pero vamos a dejarlo. Tampoco voy a perder el tiempo demostrando al tronante y enrabietado publicista (no sé qué espera para pedir plaza en la Cope y codearse con Jiménez Losantos y cavernícolas afines) que, mal que le pese, estos ojitos vieron el coche y el lugar donde, la noche del 11 de enero de 1949, fue asesinada la persona que aparece en algunos episodios de la mencionada novela. Vivía yo entonces con mis padres a escasos trescientos metros de la calle Legalidad esquina Escorial, donde ocurrieron los hechos. El insidioso cronista puede creérselo o no, pero no le consiento que me llame embustero ni que venga a pedirme cuentas.

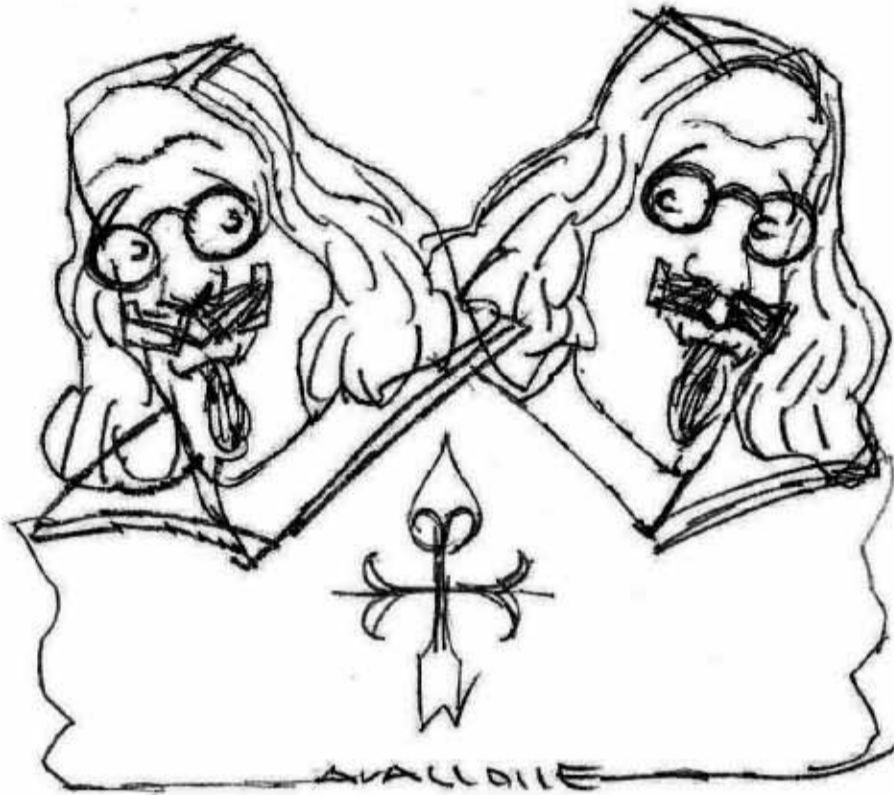
Como he dicho antes, el rebuzno viene de lejos. Trallero el intrépido reportero no me ha perdonado que urdiera sobre aquel crimen una trama novelesca, y anda emperrado de hace tiempo en desautorizarla. Y aquí es donde el asunto tiene cierto interés, siquiera sea meramente zoológico: a saber qué entenderá Trallero por novela, pero está claro que alguna diarrea mental de su belicoso ego le impide distinguir la crónica periodística de la literatura de ficción. Es bien sabido que muy diversos

géneros literarios –ensayo, memorias, ficción y crónica periodística– andan hoy muy mezclados, pero una cosa es mezclar los géneros y otra muy distinta confundirlos y hacer con ellos un pan como hostias, que es justamente lo que pasa a este azote de imposturas públicas y privadas con su irreprimible hostilidad hacia todo lo que huele a novela y novelistas. Ignoro la causa de esa inquina, pero me incli-

bles de versión definitiva y canónica en colaboración con Josep Guixà (el "Negro de Trallero", así firma el cándido coautor una carta que conservo), publicado hace unos meses y presentado en sociedad por Arcadi Espada y Màrius Carol (por cierto, qué ojo el de estos chicos para detectar la calidad, objetividad y veracidad periodística), no contento con arremeter contra mí en una página sí y otra también, y de dedicar toda clase de burlas y chascarrillos a varios pasajes de *Si te dicen que caí*, porque, según él, la obra no refleja la verdad verdadera del caso, como prueba evidente de mi impostura cita el episodio en el que se narra como un muchacho, un aprendiz de un taller de joyería, entra en el hotel Ritz para entregar una pieza de encargo a una señora que se aloja allí.

Para Trallero, ese pasaje es un ejemplo palpable de cómo tiendo siempre a falsear la realidad, porque jamás de los jamases, argumenta convencido, en los años cuarenta habrían dejado entrar a un pobre aprendiz de joyero en el selecto hotel Ritz. Quizá imagina que los aprendices iban zarrapastrosos e impresentables. En todo caso, vaya por delante que el perspicaz publicista de la realidad "real" no sabe que, en una novela, verdad y verosimilitud son dos cosas distintas. Pero lo realmente gracioso del asunto es que este aprendiz entrando en el Ritz ¡es un "hecho real", estoy por decir el único verdaderamente real y autobiográfico de una obra en la que predomina, eso sí, mucha fabulación enmascarando memoria personal! Yo era –aunque a efectos estrictamente literarios poco importa– ese aprendiz que a los catorce años acudía al hotel Ritz a entregar joyas, y fui muchas veces, y nunca nadie me impidió entrar.

Este predominio de la charlatanería sobre la verdad, esa confusión interesada entre arte y chismorreos, ese todo vale para conseguir audiencia, esa ignominia, está siendo cada día más apestosamente mediática y más consentida y jaleada en los mismos medios. Hace mucho tiempo, Federico Nietzsche lanzó una profecía terrible: "Cien años más de periodismo y las palabras apestarán". No comparto esa opinión, el ejercicio del periodismo me merece el mayor respeto, pero ciertamente hay sujetos que parecen haberse empeñado en que la profecía se cumpla.



AVALLONE

ESTE PREDOMINIO DE la charlatanería sobre la verdad, esa ignominia, está siendo cada día más apestosamente mediática

no a pensar que proviene del altísimo concepto que tiene de sí mismo y de su propio quehacer. Adalid de un pretendido periodismo rompedor y de denuncia, paladín aguerrido y puntual de la verdad verdadera, frente a cualquier atisbo de imaginación literaria, de recreación de la realidad, manifiesta un complejo de inferioridad y unas rabieta que a menudo le llevan al disparate y al exabrupto. Un ejemplo: en su propio libro-reportaje sobre el famoso, y ya plasta por archisabido, asesinato de la prostituta Carmen Broto, escrito con ínfulas risi-

tas. Pero lo realmente gracioso del asunto es que este aprendiz entrando en el Ritz ¡es un "hecho real", estoy por decir el único verdaderamente real y autobiográfico de una obra en la que predomina, eso sí, mucha fabulación enmascarando memoria personal! Yo era –aunque a efectos estrictamente literarios poco importa– ese aprendiz que a los catorce años acudía al hotel Ritz a entregar joyas, y fui muchas veces, y nunca nadie me impidió entrar.

Este predominio de la charlatanería sobre la verdad, esa confusión interesada entre arte y chismorreos, ese todo vale para conseguir audiencia, esa ignominia, está siendo cada día más apestosamente mediática y más consentida y jaleada en los mismos medios. Hace mucho tiempo, Federico Nietzsche lanzó una profecía terrible: "Cien años más de periodismo y las palabras apestarán". No comparto esa opinión, el ejercicio del periodismo me merece el mayor respeto, pero ciertamente hay sujetos que parecen haberse empeñado en que la profecía se cumpla.

MARIA ÀNGELS ROQUE

Civilización y aniversarios

El quinto aniversario del atentado terrorista a las Torres Gemelas recuerda una fecha fatídica, que representa un antes y un después, especialmente por el carácter altamente simbólico de atacar la *city* neoyorquina. Ello ha contribuido a que, si el diálogo sobre las culturas siempre ha sido difícil, haya empeorado y haya dado pie a que los fundamentalistas de cada bando glorifiquen su sistema de valores, considerándolo único y definitivo.

No obstante, tampoco es casual constatar que ha hecho falta encontrarnos en un contexto post-11-S y con las cruentas guerras en Oriente Medio para llevar a cabo iniciativas políticas de carácter cultural con el intento de trabajar mutuamente sobre los imaginarios respectivos,

M. À. ROQUE, antropóloga y directora de la revista 'Quaderns de la Mediterrània'

frente de conflictos no resueltos. Entre las iniciativas más destacadas, la designación del grupo de sabios por Romano Prodi, ex presidente de la Comisión Europea, la creación de la Fundación Euromediterránea Anna Lindh para el Diálogo entre Culturas, y la alianza de civilizaciones propuesta por el presidente Rodríguez Zapatero.

El éxito mediático del historiador americano Huntington ha creado una confusión con el concepto de civilización, por lo que para contrarrestar su tesis sobre el "choque de civilizaciones" se arguye la "alianza de civilizaciones". Todos estamos en la misma civilización, pero necesitamos adecuar nuestras culturas diversas hacia los elementos positivos e individuos plurales que forman parte de ellas.

De hecho, fue el historiador Ibn Jaldún, del que este año conmemoramos el sexto centenario de su

muerte, el primer gran teórico sobre la civilización y el conflicto. Nacido en el siglo XIV en el norte de África, de familia andalusí emigrada, Ibn Jaldún aplicó en su obra la *Muqaddima*, conceptos de valor universal, al describir el auge y el desfallecimiento de los imperios. Para este historiador y sociólogo, el concepto de civilización está claro y tiene que ver con el componente técnico, científico, comercial de las grandes ciudades, frente a la austeridad de los nómadas y rurales que consumían poco pero que contaban una mayor solidaridad de grupo.

Estos conceptos sirvieron a Durkheim, a inicios del siglo XX, para hablar de la solidaridad mecánica primitiva y la solidaridad orgánica propia del mundo occidental. El historiador Fernand Braudel reflexionó posteriormente acerca de la historia de las civilizaciones y comentaba que nunca hasta nuestra época

contemporánea se habían compartido tantas cosas, incluidos los prejuicios, ya que el progreso técnico había multiplicado los medios, pero también reconocía que la civilización no se distribuía de la misma forma por todo el planeta.

El islam es visto de forma simplista como frente común ideológico. En la proximidad, las diversas identidades religiosas y étnicas que desde antiguo se dan en Oriente Medio, tras el desmoronamiento del imperio otomano, han sido favorecidas u obviadas por los imperios coloniales occidentales, fueran árabes frente a kurdos o suníes frente a chiíes u a otros grupos, si aquellos podían responder mejor a los intereses económicos o políticos. Por otro lado si bien la *umma*, o comunidad de creyentes musulmanes, es una realidad en la creencia, al igual que la comunión de los santos para los católicos, ello no ha impedido a lo

LLUÍS FOIX

Sobrantes humanos

Me sorprendió ver a un equipo de la televisión de Senegal filmando en tierras leridanas cómo viven sus compatriotas que han llegado a Europa después de travesías inhumanas, inciertas y fatigosas.

Afrontamos el fenómeno de la inmigración pensando exclusivamente en nosotros, en nuestra seguridad, en nuestra identidad, en nuestra cultura, olvidándonos de los otros, de los que vienen, de esas personas que han perdido la esperanza y que llegan aquí también para ayudar generosamente a quienes han dejado detrás.

Los senegaleses sabrán la suerte que les espera a los suyos en un mundo hostil y desconfiado. Pero nosotros no sabemos lo que pasa allí, lo que les mueve, cuánto cuesta embarcarse en los cayucos dominados por mafias imprementables. Aquí reaccionamos con el miedo que llevamos en el cuerpo ante una avalancha humana que no podemos asumir de forma tan descontrolada y sin orden ni concierto.

Tony Blair lanzó un discurso de ayuda a África que ha tenido pocos resultados. Bush se dio una vuelta por el continente diciendo más o menos lo mismo. Rubalcaba se presentó en Senegal para hablar con su colega de Dakar sobre cómo detener la fuga masiva de senegaleses hacia Canarias.

Había un tiempo en que el discurso oficial pasaba por el desplazamiento de empresas hacia los países emisores de los sobrantes humanos de la globalización. Ahora, el discurso es levantar fronteras, leyes defensivas, repatriar a ilegales e impedir que tantas multitudes acaben con nosotros. El Gobierno Zapatero y el resto de los gobiernos de la Unión se limitan a invocar el impacto positivo que la inmigración tiene sobre nuestras economías. ¿Nada más? ¿Es éste el discurso?

La Fundación Bill y Melinda Gates se ha unido a la Fundación Rockefeller para lanzar un multimillonario proyecto en el África subsahariana que revolucionará la producción de alimentos y reducirá la pobreza y el hambre para decenas de millones de personas. Me parece muy bien que fundaciones privadas acometan esas empresas. Pero lamento que no sean los gobiernos europeos, humanitarios de boquilla, los que actúen automáticamente con propuestas positivas y constructivas para resolver el problema en su origen. La retórica electoral a costa de los sobrevenidos me parece demagogia.